

# APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

"The World of Washington Irving", por  
Van Wyck Brooks.



Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli»

Por grato encargo del Decano de la Facultad, Dr. Pedro Dulanto, entregué el libro del epígrafe al estudioso joven economista Jorge De'Angeli, para cumplir la galante solicitud de Mr. Nostrand, de la Embajada Cultural norteamericana en el Perú.

El estudio realizado por el Sr. De'Angeli, es fiel reflejo de su capacidad captadora mental. Ha encontrado el punto capital de sintonización con Van Wyck Brooks y ha formulado su juicio con amplia libertad y con profunda penetración.

Aceptamos la insinuación de Mr. Nostrand de enviarnos un libro nuevo mensual, a base de ofrecer nuestra crítica, en esta sección. Como tal debe entenderse este artículo del Sr. De'Angeli, que nosotros auspiciamos gustosamente.

J. M. V.

Washington Irving, así como Poe y Cooper, vivía dulcemente apartado de la realidad de su tiempo. El Oeste, donde se desarrollaba la dura lucha cotidiana contra la naturaleza y los Indios, era para ellos sólo el reino de la aventura y de las hazañas legendarias.

rias y pintorescas: Nueva York les parecía una desordenada ciudad de aspecto no muy agradable, que estaba creciendo con exagerada rapidez, mientras que, en realidad, su desarrollo extraordinario preludiaba una expansión nacional que no debía encontrar límites durante un siglo.

Casi todos vagabundos, casi todos inquietos, casi todos enamorados de Europa y de sus memorias, los literatos americanos de 1800 a 1840, a pesar de que vivían románticamente desprendidos de la realidad de la existencia americana, extraían de esa realidad elementos y motivos para las tramas de sus novelas, temas para sus descripciones, inspiración para sus vagabundeos espirituales.

Sin embargo, un elemento romántico existía en toda la vida americana de esa época — y este elemento Van Wyck Brooks lo pone de relieve en su último libro, "The World of Washington Irving", y este es el hilo escondido que une toda la miríada de variadas anécdotas de que el libro se compone.

"The World of Washington Irving" — amplio retrato de los Estados Unidos desde 1800 a 1840 — se abre con un descripción de como se desarrollaba la vida en las distintas regiones del país y del ambiente literario de las ciudades más importantes. Toda la primera parte de la obra no trata de ninguna personalidad específica, sino de la atmósfera y del ambiente en que vivieron los hombres más caracterizados de la época, y prepara al lector para los perfiles que siguen y que ocupan el resto del libro. En esta forma, las figuras se nos presentan cuando el fondo ya está preparado y se introducen en el ambiente entrando ~~Bibliografía de la parte~~ <sup>en la parte</sup> necesaria de él.

El método que Brooks emplea para su amplia descripción es característico y singular. No es una valoración crítica de las obras de los escritores y artistas que estudia, sino que es una tentativa de comprenderlos en su vida exterior, y de ésta inferir la razón de ser de sus obras. Tampoco se trata de una colección de biografías, sino de un conjunto de numerosísimos episodios, anécdotas y acontecimientos, narrados y descritos con garbo, que tratan de dar una idea de ciertas personalidades del ambiente intelectual y social de una época. Brooks no tiene la pretensión de hacer una historia social o literaria de los Estados Unidos en las primeras décadas del siglo pasado; el libro no tiene un esquema definido, y es más que nada una romántica peregrinación en el pasado, una busca poética y erudita, un re-hallazgo nostálgico y agradable de tantas cosas pasadas, de tantas pintorescas cosas que han sido, y que están casi —o del todo— olvidadas. Hay la pasión anticuaria de la anécdota curiosa, la búsqueda amorosa de la coincidencia o del episodio raro, el placer de describir una figura compleja de pensamientos y problemas con un trazo de color vívido que la hace presente y comprensible.

De este metódico allegamiento y fusión de menudos bocetos y

de descripciones episódicas resultan dos méritos externos de la obra. El primero, la indudable erudición y la cuidadosa investigación desplegada por el autor; y el segundo, la agradable soltura y elegancia de la forma, que no permite que este sistema de compilación fragmentaria resulte fatigoso, salvo en algunos puntos. La fatiga, en estos contados pasajes, se origina del hecho que no es dado comprender de inmediato a que mira este vagabundeo espiritual, esta continua relación de anécdotas ligadas entre sí por un débil nexo, a menudo aparentemente casual — hasta que no se llegue a entender que se trata de una “tapicería” literaria, que debe ser mirada y apreciada panorámicamente, en su conjunto.

Mientras que el libro —por la cultura de su autor— resulta una mina de informaciones curiosas, este peculiar método literario determina su defecto más grave, o sea la mengua del sentido del desarrollo. Brooks estudia los cuarenta primeros años del siglo XIX como una unidad, y en ésta sigue los rastros y los vestigios de numerosos personajes, vagando libremente en el tiempo, con una incuria de la cronología que, a veces, nos deja algo perplejos, y que priva al lector de la excitante sensación de desarrollo vital que el período, en verdad uno de los menos estáticos de la historia americana, habría tenido que dar.

Sin embargo, ésto no resta vivacidad y frescura a la impresión que el libro deja de las variadas atmosferas en las distintas regiones y ciudades de los Estados Unidos de entonces.

Filadelfia, capital durante algunos años, era el centro de la vida intelectual de la joven nación. Lujo y frivolidad, teatros y salas de baile, peinados extravagantes y brocados multicolores rodeaban la minúscula “corte” republicana, que tenía su “palacio” en la modesta casa estilo inglés del Presidente Washington. Hasta 1815, la esposa del Presidente fué llamada “Su Majestad”, y “los hombres llevaban grandes pelucas y coletas, broches a las rodillas y medias de seda”. Aún cuando Franklin dominaba espiritualmente, las influencias más variadas actuaban en el ambiente, llevadas por émi-grés realistas o revolucionarios, por observadores, poetas, viajeros y refugiados. Había una fermentación de pensamiento y de actividades diferentes, en aquel ambiente reducido. Brooks nos presenta ciertas figuras simples e interesantes, como la de John Bartram, que un día, fatigado de arar, descansando en la sombra, cogió una margarita y quedó tan impresionado por la perfección de esa obra de la Naturaleza que se avergonzó de haber destruído tantas plantas con su arado, se dedicó al estudio del latín para poder entender a Lineo y, desde entonces, su vida y la de su hijo, al cual instiló su pasión naturalista, tuvo como único objeto el conocimiento de toda planta y de todo árbol de su tierra. Su jardín botánico se volvió un centro de ilustrados, y, entre otros, a veces estaba presente allí Charles

Brockden Brown, el primer novelista americano, el precursor de Poe, Melville y Henry James, un revolucionario en el género, aunque algo difuso y desordenado.

Nueva York, ya cosmopolita, pero todavía con un fuerte aspecto holandés, era la más aristocrática de las ciudades del Norte. Hamilton y los Federalistas, que todavía esperaban hacer de América no algo nuevo, sino una más grande y posiblemente mejor Inglaterra, poseían gran influencia. La vida intelectual era pobre y no existían literatos profesionales; y el ambiente de la ciudad, vivaz y libre, demostró más tarde una tendencia a degenerar hacia la vulgaridad, mientras que disminuía la independencia espiritual de sus habitantes.

La Nueva Inglaterra, por el contrario, prometía más; aunque al principio del siglo la literatura fuera estéril, había una curiosidad espiritual, y los clásicos tenían incontables lectores, la poesía "poseía una función pública" y todo hacía prever el florecimiento literario de la segunda mitad del siglo (1).

El Sur patriarcal, escaso de "literatura", pero rico de un aristocrático sentido político y de una alta cultura clásica, se aislaba del resto del mundo; la esclavitud que defendía cerraba el camino a las nuevas ideas, a la libertad de imprenta y a la de pensamiento.

En el libre Oeste, a medida que avanzaba la "frontera", iban formándose y desarrollándose centros que, poco a poco, daban origen a una vida literaria (especialmente periodística) de limitadas proporciones. El Oeste tenía su símbolo en el incontrolable "frontiersman", rudo y valeroso, y era el campo de inspiración de retratistas de indios y de paisajistas, de novelistas y de románticos escritores de diarios de viajes. Esta era la región más vital del país; no era un centro literario o artístico, pero tuvo una influencia incalculable sobre la formación de la vida y del carácter americanos: era escuela de valor y de perseverancia, era recurso del miserable y del desesperado e inspiración de la nación del futuro.

---

Sobre esta trama amplia y variada, Brooks teje y borda su fina tapicería. Ya hemos indicado que el libro describe las *figuras*, no las obras; el *ambiente*, no la literatura. Brooks no hace ninguna extensa análisis individual; y aún cuando el estudio es más extenso, está dividido en distintos capítulos; como es el caso, por ejemplo, del ornitólogo Audubon; de Cooper, el novelista de la aventura; de Bryant, el poeta que reveló el encanto de la naturaleza americana; de Poe,

---

(1) A este período V. W. Brooks ha dedicado su obra más amplia "The Flowering of New England", publicado hace algunos años.

de cuya obra Brooks emprende la única tentativa de valoración crítica de cierta amplitud; de Irving, el primer verdadero talento literario de su país. Brooks atribuye especial importancia a Jefferson; aunque la interpretación de su obra y pensamiento no difiera de la de Chinard, Brooks nos da la impresión de que el "sabio de Monticello" fuera el centro de gran parte de la vida intelectual de su país: "El expresaba una manera americana de pensar que nadie había puesto en palabras hasta entonces, como los escritores y artistas de su tiempo reconocieron inmediatamente... En el curso de una generación, prácticamente todo escritor de importancia había encontrado y seguido la tendencia jeffersoniana".

Uno de los méritos mayores del libro consiste en el re-hallazgo de ciertas personalidades medio olvidadas. No se trata de descubrimientos de genios ignorados, ni de exhumaciones de obras maestras desconocidas, sino de recordar cuán llenas de interés y de colorido fueron las existencias de hombres que, aún si —justificadamente— no alcanzaron gran fama, representaron algo —o hasta mucho— en la vida americana de su tiempo. Así el "Parson" Weems, vendedor ambulante de libros, novelista y biógrafo inventor y embrollón; así Lorenzo Da Ponte, el aventurero véneto que escribió libretos para Mozart, amigo de Casanova, que instaló una librería italiana en Nueva York y transcurrió su dulce vejez leyendo versos entre grupos de jóvenes damas; así el solitario, quijotesco Randoyph, deísta y casi mahometano, improvisador de discursos y creador de frases cáusticas y de epítetos terriblemente mordaces para sus enemigos

Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»

En suma, "The World of Washington Irving" no es una interpretación crítica de obras y de personalidades, ni tampoco una apreciación general de una época. Brooks posee la capacidad de revivir las impresiones y los ambientes, pero no la de darnos de ellos una visión completa. Una sensibilidad artística no acompañada por una disciplinada meditación interpretativa hace de este libro una obra brillante y útil, pero fundamentalmente débil, y que deja cierta insatisfecha impresión de inacabado, aunque sea prueba indudable de un genuino amor del pasado, de un sentimental buen gusto y de una lírica fantasía evocadora.

JORGE DE'ANGELI.

---